

El autor ha trabajado con esmero, especialmente en lo que respecta a la fonética (pp. 23-49) y a la morfología verbal (pp. 55-72). La primera se caracteriza por la conservación de *-ie-* ante *ll* o *s* agrupada (*doronciella*, *aviéspora*), diptongación de *e*, *o* breves ante yod (*viella*, *mueyo*), cierre de *-o* átona final (*cuneyu*) y conservación frecuente de *-e* (*mayore*, *parede*, *hace*, *fréjole*, etc.) y de los diptongos *ei*, *ou* (*caldeiro*, *llouza*). En cuanto a la morfología verbal, sus principales rasgos dialectales son: infinitivos en *-are*, *-ire*, imperativos en *-ai*, *-ei*, *-i* (*amái*, *teméi*, *partí*), imperfectos en *-ie* (*creciés*) y pretéritos en *-ei*, *-estes*, *-ou*, con 3ª pers. pl. en *-ón*, *-oren*, *-onen* (*paréi*, *mateste*, *robou*, *parón* o *matorren*). Otros aspectos gramaticales se estudian con menor detenimiento; a los problemas sintácticos se les presta poca atención, y sólo se enumera una docena de ellos, los más relevantes (pp. 74-75). La indagación lexicológica muestra también la peculiar sistematicidad del trabajo: por un lado se hace un estudio de "palabras y cosas" relativamente amplio, y por otro se presenta un breve vocabulario alfabético de voces regionales que no se hallan incluidas en el *DRAE*. En el primero de estos dos capítulos estudia el autor —siempre con base en una bibliografía adecuada y amplia— el arado, el carro, el yugo, los aperos de labranza, la tierra, los árboles y pájaros, las labores del campo, la ganadería, la vivienda, etc., aunque no siempre se haga el análisis con el pormenor que hubiera sido deseable. (Por ejemplo, en el apartado correspondiente a la ganadería se indica que *buchada* designa el 'corazón y pulmones de cualquier animal', pero ésa es la única voz que se recoge, quedando en el silencio todas las designaciones de las demás partes corporales de las reses. El apartado dedicado a "la uva" y su cultivo ocupa escasamente una página).

En el leonés alitano, "a pesar del repliegue constante a que se ve sometido por la influencia de la lengua oficial, existen aún los rasgos típicos del leonés", aunque no con la nitidez y abundancia que en el asturiano y otras hablas próximas. Es notable la influencia del portugués, sobre todo en el vocabulario, cosa lógica dada "la situación geográfica de Aliste, fronterizo con Portugal" (p. 112). Lógico también el vulgarismo que el autor señala como característico del dialecto, dada su situación marginal y aislada dentro de la geografía leonesa.—JUAN M. LOPE BLANCH.

DIEGO CATALÁN, *Siete siglos de Romancero. (Historia y poesía)*. Gredos, Madrid, 1969; 223 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 134).—"Como tantos otros «libros» de esta era desasosegada —dice el autor en el "Propósito"—, el volumen presente no es propiamente un libro; es tan sólo una miscelánea de estudios varios, escritos en momentos distintos" (p. 7). En efecto, hay aquí estudios pormenorizados sobre cinco romances, procedentes de distintas épocas y con temas diferentes: "El buen prior Hernán Rodríguez" (1328), el romance de los "jaboneros" (1357), "La merienda del moro", "Cercada está Santa Fe" y "Hélo, hélo por dó viene el moro por la calzada". De cada uno de ellos hace Diego Catalán un concienzudo estudio no sólo literario, sino también histórico, ya que "la determinación del suceso histórico cantado por un romance noticioso viejo nos proporciona la fecha aproximada de su composición" (p. 16). Un buen ejemplo es el romance de "El buen prior Hernán Rodríguez", personaje de la época de Alfonso XI, cuya rebelión, cantada por el romance, fue un hecho real, aunque sin gran importancia para la posteridad. Ahora bien, según Catalán, que se sirve de la historia para precisar una serie de aspectos del romance, esa falta de trascendencia del hecho histórico demuestra que el romance coincide con la época de los sucesos y no es posterior, puesto que un hecho insignificante hubiera sido olvidado por los noticieros romancísticos más tardíos. De manera semejante se van estudiando, con extrema prolijidad, los

hechos históricos que originaron los demás romances, así como las acciones de los personajes, con objeto de precisar la proporción de veracidad y de invención en cada una de las composiciones poéticas. Se incluyen, además, las variantes de los romances, desde las más cercanas cronológicamente a los hechos hasta las más modernas (colectadas algunas de ellas por el propio Diego Catalán). Puede verse así cómo algunos romances, documentados desde antiguo, sobreviven todavía ("Hélo, hélo por dó viene"), mientras que otros, no recogidos en los romanceros y pliegos sueltos del Siglo de Oro, se han recuperado gracias a la tradición oral moderna ("La merienda del moro"). El libro, pues, no cubre propiamente una historia de *Siete siglos de Romancero*, sino un campo muchísimo más restringido, trabajado con minuciosa erudición. No está escrito para el lector general, sino para el especialista.—P. ONTAÑÓN DE LOPE.

EDI BENASSI BASTIANELLI, *La Francia in Azorín*. Università degli Studi di Firenze (Casa Editrice D'Anna), Firenze, 1970; 242 pp.—La influencia de las letras francesas en Azorín ha sido inmensa; y puesto que el tema no se ha abordado antes en su totalidad, el interesado se pone a leer *La Francia in Azorín* con cierta expectación. ¿Qué aspectos coincidentes de sensibilidad cultural causaron que el maestro fuese a beber casi únicamente en fuentes francesas, mientras sus compañeros de generación encontraron su dirección e inspiración en una selección más ecléctica de culturas? Más específicamente, ¿cómo matizó la actitud escéptica de Azorín la constante lectura de "los cuatro tomitos" de los *Essais* de Montaigne?, o ¿qué aprendió de las ideas del olvidado poeta-filósofo Marie-Jean Guyau? ¿Hay influencia significativa de Alphonse Daudet o de Anatole France? ¿Hasta qué punto evolucionó el arte de Azorín en los años 1920-1930 por su contacto con el experimentalismo dominante en Francia? Son algunas de las preguntas que se nos ocurren, pero desgraciadamente el libro reseñado no nos ofrece el estudio necesario para contestarlas.

La autora se limita a recoger los comentarios sobre autores franceses que aparecen en las *Obras completas*, arreglando su recopilación por categorías: críticos, narradores, dramaturgos, poetas, pensadores, etc. Ni siquiera aprovecha los muchos artículos ya publicados que indagan importantes aspectos de la relación de Azorín con la cultura francesa. Y puesto que no los cita, es de suponer que no está familiarizada con la bibliografía azoriniana. Lo más valioso del libro es un apéndice en que se da una lista alfabética de todos los franceses mencionados en las *Obras completas*, con indicación de tomo, página y fecha del ensayo en que se citan.—E. INMAN FOX (Vassar College).